

Tal escarmiento he de hacer
En la vuestra, que ha de ver
Ese coronado fuerte,
De los hombros dividida
Vuestra cabeza, y sabrán
Como tenéis capitan
A quien dar cuenta! ¡Una vida
Quitais, que tanto importaba
Para la paz del Estado?
Hecho fué de mal soldado.
César cuando peleaba,
Aunque de solo el matar
La vitoria procedía,
Que no muriesen quería,
Por tener que perdonar.
Pues, como vos, cuando á mi
Por ejemplar me tenéis
De las piedades que veis,
Las estáis borrando así
Con la crueldad más feroz
Que inventó bárbaro scita?
¿A un general se le quita
La cabeza? ¡Buena voz
Saca un soldado cristiano
De empalar un hombre!—Luego
Le llevad al fuerte.

DON FELIPE.

Ciego

Está de pasión mi hermano;
Aunque la razon le sobra.
Pero es el ruego forzoso.
Señor, pues eres piadoso...

MARQUÉS.

El rigor alientos cobra
Con el ruego, si es testigo
La justicia. Has de advertir
Que el rogarme ha de servir
Para abreviar el castigo.—
Llevalde.

REINOSO.

Obediente estoy

A tu mandamiento justo.

MARQUÉS.

Sepa el Rey que á un hecho injusto
Castigo justo le doy.
(Llevan á Reinoso, quitándole la es-
pada.)

DON FELIPE.

No pido que le perdones,
Mas que adviertas su valor,
Sirviendo al Emperador
En tan arduas ocasiones
Como publica la fama.
Túnez conoció á Reinoso
Por capitan valeroso;
El Bravo Español le llama
Alemania. Pudo ser
Que como el fiero araucano
Con término tan villano,
Porque le sobró el poder,
Mató á Valdivia, su tío...

MARQUÉS.

No, hermano; jamás alcanza

La vitoria la venganza:

Este es el oficio mio.

Pues premio, he de castigar.

Mientras fulmino el proceso,

Esté con seis guardas preso. (Vase.)

REBOLLEDO.

Rogalle será incitar

Su enojo; que está ofendido

Con causa, y dejalle importa;

Que la templanza reporta

El fuego más encendido.

DON FELIPE.

Ver quiero á Caupolican.

(Corre la cortina, y descubren empa-

lado á Caupolican.)

SOLDADO 1.º

Después de darme el bautismo,

Se debe la confianza

De su gloria á su martirio.

CAUPLICAN.

Don Felipe, mucho debo

Al gran Marqués, pues que miro

Que voy por su causa al cielo

Por tan seguro camino.

(Córrese la cortina.)

¡Jesus! No puedo decirte

Más. ¡Jesus! ¡Jesus!

DON FELIPE.

Envidia

Más tu muerte, que pudiera

Tu padre, aunque fuera vivo,

Envidiar hazañas mías.

REBOLLEDO.

Hasta en su muerte se ha visto

Su valor y su prudencia.

(Encubren el cuerpo de Caupolican.)

SOLDADO 1.º

¡En qué ocasion ha podido

Verse más bien que muriendo!

Piadosamente le admiro.

DON FELIPE.

Gualeva, Guacolda, haced

Menor la pena.

GUALEVA.

No asisto

En mí; son mis confusiones

Piedades y desvarios.

GUACOLDA.

Dame la mano, señora.

Salen RENGO y TODOS LOS INDIOS, y

TUCAPEL y UN SOLDADO CRISTIANO; y

por otra parte EL MARQUÉS.

SOLDADO.

Su rendimiento los indios

Desta provincia á tus piés

Ponen.

MARQUÉS.

Por mi rey le admito.

TUCAPEL.

El poder de Arauco todo

Llega á tus plantas rendido,

Capitan el más valiente

Que haciendo lucientes giros

Alcanza á mirar el sol.

RENGO.

En solo tu brazo altivo

Nuestra libertad perdida

Hallará consuelo digno.

Huella este imperio, invencible

Hasta agora.

MARQUÉS.

No imagino,

Valientes caciques, ser

Señor vuestro, sino amigo.

A mi rey solo os rendis,

El príncipe más benigno

Y celebrado que el mundo

Ha respetado y temido.

Yo en su nombre á gobernaros

Me ofrezco, de suerte pio,

Que seréis, para ser suyos,

Dueños de vosotros mismos.

Pendid lo que queráis todos.

TUCAPEL.

Yo solo, señor, te pido

Para estos reinos clemencia.

MARQUÉS.

Antes te la he prometido.

RENGO.

Yo á Guacolda por esposa.

MARQUÉS.

¿Gusta Guacolda?

GUACOLDA.

Y recibo

Merced, si mandarlo quieres.

MARQUÉS.

Y ser ofrezco el padrino,

Al uso de mi nacion.

QUIDORA.

Vivas mil gloriosos siglos.

MARQUÉS.

A mi hermano don Felipe

Agradezco que acudido

Haya á su sangre tan bien

Como en la ajena se ha visto;

Y á Rebollo le ofrezco

Que, de mi boca advertido

Le ha de hacer su majestad

Las mercedes de que es digno;

Sin que me quede soldado

Sin el premio merecido,

Aunque de mi hacienda sea.

REBOLLEDO.

Y aquí Arauco, aquí su invicto

Conquistador tenga fin.

Aunque en la fama infinito.

JUICIOS Y OBSERVACIONES

SOBRE

LAS COMEDIAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

LOS FAVORES DEL MUNDO.

Por *Los favores del mundo* principia la coleccion de ocho comedias que con el titulo de *primera parte* publicó DON JUAN RUIZ DE ALARCON en Madrid el año de 1628, teniendo ya concedida la licencia del ordinario desde 14 de febrero de 1622, y la aprobacion del doctor Mira de Amescua desde 29 de enero del propio año; de lo cual es necesario inferir, como se dijo en el prólogo de esta obra, que las ocho composiciones de aquel volumen ya estaban escritas en el año de 1621. Cuando fué trabajada esta que examinamos, no puede con certeza expresarse; pero es de creer que no fuese mucho antes del citado año 1624, pues aunque ella va á la cabeza del tomo, no hubo de colocarla allí su autor por ser primera en el órden cronológico, sino por ser uno de sus mejores y más instructivos dramas, y por tributar además con él un homenaje á la nobleza de su familia. Fin grave y útil, buena y bien dispuesta fábula, dos notabilísimos caracteres y una elocucion magnífica, son las prendas que principalmente distinguen á la primera obra que se lee de nuestro autor en este precioso libro. Manifestar cuán poco duraderas son las alegrías y prosperidades humanas, asunto es cuya alteza y provecho comun está libre de ponerse en tela de juicio. ALARCON, para presentar con verosimilitud en un breve espacio de tiempo grandes alternativas de favor y desgracia, las buscó en la corte y trato de un príncipe notable en la historia por la inconstancia maravillosa de su fudole: tanto la eleccion como el desempeño del asunto manifiestan que la comedia de *Los favores del mundo* es obra de un poeta que ya conocia bien el teatro y los hombres. Su accion puede sin violencia referirse al año 1448, cuando el príncipe don Enrique, de veinte y tres años de edad, habiendo estado antes desavenido, se reconcilió con el rey su padre. Hechas estas breves indicaciones sobre lo general de la pieza, pasaremos á las particulares, conforme en la lectura de sus escenas se van presentando.

(Acto 1.º, escena 1.ª)

HERNANDO.

¡Lindo lugar!

GARCÍA.

El mejor:

Todos, con él son aldeas.

HERNANDO.

Seis años há que rodeas

Aqueste globo inferior,

Y no vi en su redondez

Hermosura tan extraña.

GARCÍA.

Es corte del rey de España,

Que es decillo de una vez.

Madrid en tiempo de don Juan II principiaba á mejorarse algo; pero no era ni con mucho el mejor pueblo de Castilla, ni podia llamarse corte de España.

Cífrase, si has advertido,

En la de mejor sugeto,

Toda la gala en el peto,

Toda la gracia en el pido.

Retruécano escolástico, propio del tiempo en que ALARCON escribía, pero por dicha no muy comun en sus obras. Harto más vale el agudo epigrama anterior acerca de los edificios que se techan antes de levantar la fachada, y la redondilla que contiene la graciosa respuesta de la muchacha roja: ¿Cómo estás?—Para aloja.

(Escenas 5.ª-9.ª)

Nos ha dicho el autor en la escena primera que García Ruiz de Alarcon, su héroe, es valiente, y está ofendido y respirando venganza contra su ofensor; aquí vemos que se encuentra con él, que le vence y que al oírle invocar á la madre del Salvador, le perdona. El carácter de Garci-Ruiz está ya pintado; nada podemos esperar de él en adelante que no sea noble y propio de tan bello principio. El príncipe de Castilla don Enrique, cediendo á la admiracion que le inspira la virtuosa accion de Garci-Ruiz, le colma de honores, despues de haberle colmado de justos elogios. La privanza de Garci-Ruiz tiene el origen más respetable que darse puede: vamos pues á ver cuánto dura.

Al mismo tiempo que se alza al favor del Príncipe se le prepara por mano del amor el primer disgusto, disgusto á la verdad poco temible. Anarda, que se aficiona

desde luego á Garcí-Ruiz, pide al Príncipe que le prenda, temerosa de que, siendo forastero, se ausente de Madrid al punto, y ella no pueda verle. Esta resolución atrevida de Anarda no es un defecto en sí; pero lo es en atención á que Anarda en el resto de la comedia no aparece tan resuelta ni tan artificiosa como aquí, donde su prima, enredadora hasta el exceso despues, hace mejor papel que Anarda. Las dos primas lucen poco entre García, el Príncipe, don Juan, Hernando y don Diego, personajes todos más simpáticos en general que ellas; Julia no sería tolerable hoy en el teatro.

Los dictados de *humanos Joves, hijo de la tierra y honor de Tébas*, parecen al pronto sobrado eruditos para un caballero de la corte de Juan II de Castilla; pero aquella corte abundaba en caballeros literatos y poetas que hacían mucho uso de las alusiones mitológicas. No hay más que recordar aquellos versos del marqués de Santillana:

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadoso Aleto
E pavoroso Metelo... etc.

...Mientras vive el vencido,
Venciendo está el vencedor.

Si las magníficas quintillas que en la escena ix pone ALARCON en boca del Príncipe estuviesen escritas en idioma extranjero, las sabríamos de memoria todos los españoles y las citaríamos á cada paso. Ya ha dicho Garcí-Ruiz en la escena tercera en menos palabras casi todo lo que aquí se amplifica; pero el autor necesitaba una ocasión para encarecer con entusiasmo la generosidad de su héroe, y hallándola aquí, la aprovecha con ansia, y con un mismo pensamiento vertido en diversas formas, todas agradables cuando ménos, forma un trozo de elocuencia que no se puede oír sin alzarse del asiento. Hombre que tan abundante, fogosa y felizmente expresaba los afectos nobles del ánimo, noblemente debía sentir.

Pero este trozo no es una declamación pegadiza en que habla el autor lo que no hablaría el personaje de quien se sirve; ALARCON da en lo demás del drama al Príncipe un carácter benigno, que nunca ó solo con breve intervalo se desmiente. Así dice en el acto segundo:

Ménos mi gusto importaba
Que la salud de un vasallo.

Y más adelante:

Sabréis de hoy más de mi piadoso pecho
La condición: jamás de ajeno daño
Quiero que nazca mi mayor provecho.

Y poco despues le retrata sin lisonja don Juan en estos términos:

....Si miro á tu condición...
....desconozco el rigor
En quien es la mansedumbre
Naturaleza y costumbre.

Se ve que ALARCON tuvo presentes las buenas cualidades que Diego Enriquez del Castillo atribuye á este rey, desentendiéndose del feo retrato que de él hace su enemigo Alonso de Palencia. Verdad es que el mismo Palencia solo trata mal á don Enrique IV refiriéndose á una época posterior. Enriquez del Castillo afirma que

«era lleno de mucha clemencia, de la crueldad ajeno... acelerado é amansado muy presto; de quien una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando é favor... Jamás deshizo á ninguno que pusiese en prosperidad.» Este, sea ó no el Enrique IV de la historia, es el de ALARCON en esta comedia.

(Escenas 15-20.)

La relación de Hernando está perfectamente hecha, fácil, clara, oportuna, cómica.

La repulsa que da Anarda al Conde, también está escrita en hermosos versos.

La equivocación del Conde produce muy buen efecto, aunque este personaje hace siempre desairado papel.

En el discurso del acto primero hemos visto que Garcí-Ruiz ha ido experimentando una serie de venturas, en medio de las cuales se trasluce ya el principio de algún fuerte reves, porque en su amor á Anarda tiene dos competidores muy poderosos. Concluye pues oportunamente el acto primero, dejando al espectador preparado á grandes acontecimientos.

(Acto 2.º, escena 2.ª)

¿Cuál á la corte pusiera
Algún poeta, si el caso
Y el lacayo en este paso
De la comedia tuviera!

Varios autores cómicos del siglo xvii conocieron que era inverosímil y repugnante la intervención que el gracioso de las comedias españolas tenía en los negocios graves de su amo. Fray Gabriel Téllez, ó sea el maestro Tirso de Molina, escribe en su comedia célebre, *Amar por señas*, este hermoso diálogo entre un caballero y su sirviente:

DON GABRIEL.

....Montoya,
Ya sabes mi condición:
Servir y callar.

MONTAYA.

Apelo

Sola esta vez.

DON GABRIEL.

¿Cuándo suelo

Tener yo satisfacción
De tí ni de otro criado?
¿Comunico yo secretos
Contigo?

MONTAYA.

Muchos discretos

A sus ministros (*servientes*) han dado
Cuenta de cosas más graves,
Cuyo consejo remedia
Imposibles. ¿Qué comedia
Hay, si las de España sabes,
En que el gracioso no tenga
Privanza, contra las leyes,
Con duques, condes y reyes,
Ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fian?
¿Qué infanta no le da entrada?
¿A qué princesa no agrada?

DON GABRIEL.

Los poetas desvarían
Con esas civilidades,
Pues dando á la pluma prisa,
Por ocasionar la risa
No excusan impropiedades.

ALARCON debía tener convicciones más firmes que sus compañeros, porque ellos, conociendo lo mejor, casi

nunca lo practicaban; ALARCON, al contrario, casi lo practicó siempre.

Por lo demás, en tiempo de don Juan II apenas sería conocido en Castilla el nombre de *comedia*. Ya estaría escrito el primer acto de la *Celestina*, si fué Juan de Mena su autor; pero la crítica de ALARCON visiblemente se dirige al teatro de su tiempo.

(Escena 9.ª)

EL PRÍNCIPE.

Mal hicistes: cuando envío,
Alarcon, á despejar,
Es por bien; no ha de costar
Sangre de vasallo mio.

Llegó el primer sinsabor de Garcí-Ruiz; pero ¿cuándo? En el momento en que acababa de suponerse con harta razón preferido al Príncipe: situación buena y bien traída, porque consiste en un rasgo del carácter del Príncipe mismo, que nunca falsea; de esto se habló antes. El lenguaje del hombre nacido para mandar á los demás, se ve perfectamente expresado en esta concisa réplica.

Cerca estaba yo: volver
Y tomar mi parecer.
Quien sirve ha de ser prudente.

(Escena 10.)

¡Fuerte caso, dura ley,
Que haya de ser el privado
Un *astrólogo* colgado
De los aspectos del Rey!

De estos pensamientos graves, desenvueltos con novedad y sencillez, están llenos, los dramas de Ruiz de ALARCON.

(Escenas 11 y 12.)

En la primera y segunda vez que Anarda se asoma á la reja, muestra y luce ya su verdadero carácter, más amable que artificioso; aquí aparece discreta, noble y firme; su prima, por el contrario, cada vez va perdiendo. La mentira que echa á su tío asegurándole que Anarda quiere al Príncipe, y por lo mismo trata de casarse con un hombre que le consienta conversación con él, está muy bien urdida para el fin que Julia se propone, que es casar á su prima con el desdénado Mauricio, y atraerse despues á Garcí-Ruiz; pero es una calumnia horrible, y las que recaen sobre materia de honor son expuestas en el teatro. En el siglo xvii se veían sin extrañeza estas cosas; ya, tan desembozadas á lo ménos, no se toleran.

(Escenas 15 y 17.)

No solían los dramáticos españoles antiguos (y hacían bien) escribir en octavas las escenas de amor; pero aquí nos ofrece ALARCON una escena amorosa en tan difícil metro, superiormente desempeñada. ¡Aquí sí que hace Anarda un papel decoroso y digno! Primero reconviene dulce y cuerdamente á García:

Lo que yo admiro, y en razón no cabe,
Es solo vuestro poco sufrimiento;
Que ¿quién pensara que faltar podía
Gran fortaleza á grande valentía?
Poco al Príncipe amais, oso decillo,
Pues pretendéis servirle sin sufrillo.

(Nótese, entre paréntesis, usado el *irle* y el *illo* en un mismo verso. Y no produce mal efecto porque la poesía exige toda la posible variedad de sonidos.)

Anarda algo despues aconseja con tino:

No os vais, Garcí-Ruiz...
Ved á su alteza; que los hombres buenos
No se ausentan del Rey sin despedirse.

Garcí-Ruiz, no sin doble intención, replica á la dama:

A despedirme dél por vos venía.

La discreta jóven le contesta oportuna:

Yo ¿qué poder del Príncipe tenía?

Desde aquí toma el diálogo mas calor. «Vos amabais ayer á una dama, dice Anarda á García, y ya la abandonais hoy.»

¡Múdase tal varon en un instante,
Y culpa á la fortuna de inconstante!

¡Cuánta agudeza femenil, cuánta ternura hay en la lisonja y en la acusación!

GARCÍA.

Al que muda *con causa* de consejo,
No puede darse nombre de liviano.

ANARDA.

No me satisfagais; que no me quejo.

La gracia de esta salida consiste en que realmente la que debía satisfacer en un caso era la propia Anarda. Conmovido y confuso García á vista de tanto ingenio y tan dulce halago, medio se determina, usando de la forma condicional:

Si como firme os amo...

Anarda no le permite continuar, y le dice:

Si pensara
Que yo de vuestro amor era el objeto,
Ofendida de vos, no os escuchara;
Que la mudanza es falta de respeto.
Quien una vez conmigo se declara...

(Aquí se declara ella, según la apurada situación lo requiere.)

Tal debe estar del amoroso efeto,
Que por lealtad, honor, premio ó castigo,
Ha de romper, hasta casar conmigo.

Declarada ella, necesita una confirmación explícita de García, y la provoca diciendo:

....Siempre cortesana ley ha sido
Decir lisonjas y alabar la cara;
Si por eso lo haceis, yo más querría
Tosca verdad que falsa cortesía.

García repite que es de todas véras su honesto amor: ¿qué resta que hacer á la dama? Confesar que está pronta á casarse con García; pero ¿con qué prudente reserva!

A ser yo vuestro amor, dichoso estado
Le daba la ocasión á vuestro intento;
Pues para lo que ahora os he llamado
Es para que trateis mi casamiento
Con el Príncipe.

Puede parecer ambigua la frase; pero aquí no importa que García se lleve un susto. No tarda mucho Anarda en decir:

Yo aborrezco á Mauricio...
Que pues su alteza no ha de ser mi esposo,
Y querer mi deshonra es no quererme,
Es en esta ocasión lance forzoso
Buscar quien pueda honrarme y defenderme.
Por si resiste el Príncipe amoroso,

De vuestra autoridad quise valerme.
Vos persuadidme, y advertid, García,
Que en vuestra voluntad dejo la mía.

¡Qué modo tan bello y hábil de interesar el amor, el orgullo y la caballerosidad de García! Esta escena, aunque con algunos versos duros, es un modelo de gracia. ¡Qué ufano debe quedar Garci-Ruiz! Pero toda su felicidad y ufanía viene á tierra cuando Julia en la siguiente escena le asegura, como ántes á don Diego, que

Por su alteza Anarda muere,
Y como ya el Conde herido
Deste amor está advertido,
Por esposo no lo quiere;
Que á impedir es poderoso
La infamia que Anarda intenta,
Y á quien lo ignore ó consienta
Quiere tener por esposo.

El golpe no puede ser más cruel. Así concluye el acto segundo, habiendo subido el interés á un grado notable.

(Acto 1.º, escena 1.ª)

Consecuente Julia en su plan calumnioso, emplea con don Juan el propio embuste que ha hecho creer á don Diego y á Garci-Ruiz; pero va esto unido con otra circunstancia que la pone en un compromiso nuevo, pues confiesa resueltamente á don Juan que le quiere. La modestia de la dama no es mucha; pero como ALARCON trataba de castigar á Julia, haciéndola al fin de la comedia caer en sus propias redes, dispone que se comprometa aquí tan solemnemente con un hombre de la suposición de don Juan, para que despues no tenga más remedio que darle la mano de buen ó mal talante.

(Escenas 6.ª y 7.ª)

Como el disgusto que Garci-Ruiz ha dado al Príncipe ha sido efecto de una leve imprudencia, que además de ser involuntaria, nacia de un excesivo celo, natural era que se repusiera pronto en la gracia de su señor. Así puntualmente sucede; pero no bien están reconciliados el Príncipe y el caballero, cuando ocurre entre los dos nuevo y harto más grave motivo de rompimiento. Don Juan dice á su amo que Anarda tiene puestos los ojos en Garci-Ruiz; esta ya es ofensa voluntaria, si es Anarda correspondida, porque García sabe los amores del Príncipe; y por tanto el enojo de este es mayor, y el castigo también más recio: Garci-Ruiz es desterrado. Pasada la primera efusion de la cólera, don Juan trata de aplacar á su señor, manifestándose hombre cuerdo por una parte, cuando hace con mucho tino la observacion siguiente:

Hasta agora de García
No sabemos si ha pecado.
Julia solo el pensamiento
De Anarda me ha referido;
Pero no que él haya sido
Cómplice de aqueste intento.

Y mostrándose además tan noble como siempre en estos versos:

Ni permitas que Alarcon
Me tenga por falso amigo,
Pues de lo que hablé contigo
Vió nacer tu indignacion:
Con que es forzoso entender
Que ingrato y villano soy,
Pues quito tu favor hoy
A quien vida me dió ayer.

Avivase el interés en este pasaje, porque vemos que el Príncipe se apacigua, persuadido de que Garci-Ruiz no será amante de Anarda, y tememos, por consecuencia, un revés para los amantes cuando se descubra todo.

(Escena 9.ª)

La enumeracion que hace el gracioso de las molestias que se padecen en la corte (no por cierto la de Juan II, sino la de Felipe III ó la de su hijo), abunda en soltura y gracia.

(Escena 15.)

La enredadora Julia está ya próxima á recoger el fruto de sus artificios. Garci-Ruiz piensa mal de Anarda y huye de casarse con ella: es ahora necesario persuadirle que está en el caso de dar la mano á otra por buena compostura. Declárase con García como ántes se declaró con don Juan; pero García no la ama, y así al momento recela que allí hay malicia por medio. ¡Qué diferencia entre la escena de Anarda y García en el acto segundo y esta! Allí todo es ternura y gracia, aquí todo es artificio y duda.

(Escenas 19 y 21.)

Pero pronto vuelven á encontrarse los dos amantes, y nos proporcionan el gusto de oír los dulces acentos de un afecto noble y honrado. Nótese el principio de la escena. Se apea del carruaje Anarda, se encuentra en la calle con un hombre, la puerta de la casa está abierta; sin embargo, la honesta doncella dice con inquietud:

¿Quién es?
¡Hola! Una luz.

GARCÍA.
No dés voces.

Alarcon soy.

ANARDA.
¿Vos, señor!

¿Qué queréis?

GARCÍA.
No te alborotes.

ANARDA.

¿De qué, donde vos estáis?

Anarda, á pesar de que asegura lo contrario, se halla confusa y trémula. Es en efecto Garci-Ruiz el que ve; Garci-Ruiz es un virtuoso caballero, pero es de noche, es muy tarde; entre García y Anarda no media una reja. Julia dijo ántes que el Príncipe trataba de enviar á una persona para que llevase á un convento á Anarda, si se negaba á casar con Mauricio: ¿á qué viene pues García, cuando Anarda tiene tantos motivos de susto? Por eso, al propio tiempo que afirma á Garci-Ruiz que nada teme donde él se halle, tira disimuladamente del manto á la criada para que esté á la mira, y llame gente si es menester. Este modo de manifestar con una accion muda, y sin emplear un largo aparte, los temores que en tal coyuntura deben asaltar el ánimo de una virtuosa dama, es un primor delicado que pocas veces ocurre en nuestras comedias antiguas.

De la ingenua respuesta que da Anarda á Garci-Ruiz, y que lleva, como todas sus palabras en este diálogo, el sello de la inocencia y de la verdad, infiere Garci-Ruiz, como ya sospechó poco ántes, que Julia le enga-

ña: sobreviene esta; embózase García; le habla Julia creyendo que es el Príncipe, y sus mentiras quedan averiguadas: por cierto que Garci-Ruiz, pundonoroso siempre, no le dirige la más leve queja. Ni ¿á qué? Ya que es feliz, solo quiere ocuparse en su dicha. Desde este momento Anarda y Garci-Ruiz, inspirados por el amor, cobran ánimo para hacer frente al Príncipe mismo. Bien parece en la dama decir:

Para hacer así las paces
Menester no érades vos.
A Garci-Ruiz la mano
Con vuestra licencia doy.

Pero desagrada el ver que García, con menos sinceridad que era de esperar de su carácter, contesta:

Al Príncipe, Anarda, debes
Esta mano que te doy;
Porque á no querer su alteza,
No me obligara tu amor.

Demasiado sabe Garci-Ruiz que no es eso lo que el

Príncipe quiere. También es mucha sofistería para Garci-Ruiz lo de que no le ha de negar el Príncipe lo que concede al Conde. Sin embargo, esta réplica lleva una intencion cómica de buen efecto en el teatro. Realmente el desenlace es algo defectuoso. Garci-Ruiz debía declarar francamente su amor, arrojando la ira del Príncipe, que le mandaría ir á su tierra, como en efecto se lo manda; pero esta sentencia no habia de ser despues revocada, pues Anarda y Garci-Ruiz que daban mejor separados y en desgracia del Príncipe, que perdonados por él y en la corte. Así también participaba el desenlace de bien y de mal, como participan todos los favores del mundo. Esta comedia, de grave asunto, de buenos caracteres, aunque desagradable el de Julia; de complicada accion, pero que sin violencia cabe en dos días, enriquecida con profundas sentencias, adornada con facilísimos versos, abre ventajosamente la puerta al teatro de ALARCON, y muy de propósito la coloca el autor la primera.

LA INDUSTRIA Y LA SUERTE.

La industria que se ve generalmente empleada en esta comedia no es la buena y legítima con que el hombre honrado se opone á los rigores de la fortuna, sino la intriga mal intencionada del fuerte contra el débil para hacerle más infeliz que le hizo su adversa fortuna. El opulento Arnesto, celoso de don Juan, pobre y desamparado, se vale de mil arbitrios para robarle su amor, único bien que le permite su aciaga estrella: por algun tiempo sirven sus artificios al maligno mercante; despues, cogido en sus redes, él mismo asegura el triunfo de su noble competidor: la suerte aquí es la providencia justa que desbarata las maquinaciones del vicio y recompensa el merecimiento. Bellos son los caracteres de Blanca y don Juan; igualmente bien pintado está el de Arnesto; Agüero y los demás cria-

dos aparecen trazados de mano maestra; don Nuño vale poco; su padre algo más. Sol peca de sobrado desenvuelta y determinada; la resolucion que toma al fin del acto 3.º, y que produce un desenlace tan costoso á su honra como á su gusto, no es ciertamente plausible: aquel desenlace á lo Tirso de Molina, sumamente repugnante hoy, era, sin embargo, sufrido á principios del siglo XVII, época en que todavía distaba mucho el arte dramático de la perfeccion que despues adquirió en España. Toda la comedia está escrita con extraordinaria tersura de estilo; la exposicion se hace en dos palabras; abundan en la comedia los lances; pero van desahogadamente dispuestos. Es, en fin, muy de notar la breve pintura que hay de la Alameda de Sevilla y del Prado de Madrid en la escena 10 del acto 2.º

LAS PAREDES OYEN.

DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCÍA SUELTO.

Parece que DON JUAN RUIZ DE ALARCON tomó el asunto de esta comedia de la titulada *El premio del bien hablar* (1); pero, aunque así sea, el modo de desempeñarle es tan diferente, que no admite comparacion. Lope compuso una comedia de intriga bien combinada, agradable é interesante; cuando ALARCON se propuso directamente en la suya un fin moral: quiso probar que el maldiciente es odioso en la sociedad, y digno de aprecio y estimacion el hombre tolerante y comedido. Estos dos caracteres contrastan maravillosamente. Don Mendó es caballero, galán, discreto y rico; pero tan

mordaz, que no perdona la opinion más respetable; murmura de sus amigos, de sus parientes, de sus amantes; no perdona á la misma á quien ama y solicita para desposarse con ella. Don Juan, al contrario, no ha debido á la naturaleza ninguna gracia personal: es pobre; pero tiene una alma noble y generosa, elogia el mérito ajeno, defiende las prendas y la nobleza de la que adora, aunque no tiene esperanza de poseerla, y pondera el valor y la destreza de su mismo rival. Estos dos personajes, puestos en accion y obrando cada uno conforme á su carácter, producen un efecto admirable y un interés tan sostenido, que prueban el juicio y la inteligencia del poeta. Luce más todavía su talento en el

(1) Téngase presente lo que se dijo en el discurso sobre los caracteres distintivos de las comedias de ALARCON, página XVI.

papel de doña Ana. Ama esta perdidamente á don Mendo y desprecia á don Juan; pero cuando en la escena 18 del acto 1.º, que es una de las más bien imaginadas y más teatrales que pueden presentarse en la escena, oye la maledicencia de su amante y los elogios del que aborrece, no puede contener su indignación.

DOÑA ANA.

Estoy loca.

CELIA.

¿A este hombre tienes amor?

DOÑA ANA.

El pecho abraza el furor;
Fuego arrojo por la boca;
¿Posible es que tal oi?
Vil, ¿á quien te quiere infamas!
¿Así tratas á quien amas!

Por la declaración de Lucrecia en la escena 4.ª del 2.º acto, acaba doña Ana de conocer el carácter de don Mendo; y la pintura que hace Celia de don Juan en la escena 4.ª la inclina á estimarle.

DOÑA ANA.

No niego que desde el día
Que defenderme le oi,
Tiene ya don Juan en mí
Mejor lugar que solia,
Porque el beneficio cria
Obligación natural:
Y pues el rigor mortal
Aplacó ya mi desden,
Principio es de querer bien
El dejar de querer mal.

Esta escena es muy agradable; porque el espectador está ya interesado á favor de don Juan, y desea que logre la mano de doña Ana. Oye complacido los elogios de Celia, y quisiera que esforczase tanto su persuasión, que doña Ana quedase rendida inmediatamente. Este sentimiento que se experimenta al leer la comedia, prueba la bondad del carácter de don Juan. El de Celia es también digno de elogio, porque no la mueve el interés á favorecerle.

DOÑA ANA.

¿Qué te obliga á que tan mal
Te parezca mi desden?

CELIA.

Tener á quien habla bien
Inclinación natural;
Y sin ella me obligara
La razón á que lo hiciera.

DOÑA ANA.

Celia, ¿si don Juan tuviera
Mejor talle y mejor cara!...

CELIA.

¿Pues cómo! ¿en eso repara
Una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios y críticos. Sevilla, 1844).

ARTÍCULO PRIMERO.

Doña Ana de Contreras, viuda noble, rica y hermosa, es amada de dos caballeros que, si bien iguales en sangre, son muy diferentes en las dotes de naturaleza, fortuna y moralidad. Don Mendo es galán, hacendado,

La hermosura ó gentileza:
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber; etc.

Las escenas 1.ª, 2.ª, 3.ª y 7.ª del acto 3.º son de las más bellas de la comedia, y en las que manifiesta el autor su talento y su conocimiento del arte. En fin, el desenlace nada deja que desear, pues el maldiciente recibe el castigo de su maledicencia. Ve que don Juan se casa con doña Ana; y cuando acude, para despicarse, á doña Lucrecia y le desdeña, queda completamente satisfecho el espectador.

Nada dirémos de la demasiada extensión de tiempo y de lugar que se tomó el autor. A nuestros lectores les habrá tal vez sucedido al leerla lo que nos ha sucedido á nosotros, que, olvidados de estos defectos, hemos seguido al poeta hasta el fin de la comedia con el mayor interés y complacencia.

En la escena 5.ª del tercer acto se leen estos versos, que dice Beltrán á doña Ana:

En la corte hay un señor,
Que muchas veces oi

Que está malquisto de modo,
Por vicioso en murmurar,
Que si lo vieran quemar,
Diera leña el pueblo todo.

Cuando ALARCON hacia este retrato del imaginario don Mendo, ¿tendría presente al mordaz conde de Villamediana? No me parece inverosímil, porque además de ser muy digna de censura la proverbial maledicencia del Conde, se halla un epitafio de ALARCON á la desgraciada muerte del procaz don Juan de Vera Tásis, á quien parece pronosticó su suerte con los versos citados, y aun más con los siguientes:

DON MENDO.

¿Para qué quiero la vida?

CONDE.

Júzgala también perdida
Si en hablar no eres más cuerdo.

El epitafio se reduce á esta

DÉCIMA.

Aquí yace un maldiciente
Que hasta de sí dijo mal,
Cuya ceniza inmortal
Sepulcro ocupa decente.
Memoria dejó á la gente
Del bien y del mal vivir;
Con esto vino á morir,
Dando á todos á entender
Cómo pudo un mal hacer
Acabar su mal decir.

(Biblioteca Nacional, est. M, núm. 204; códice que fué de la biblioteca de don Blas Antonio Nasarre.)

y correspondido de doña Ana, pero murmurador y maldiciente; don Juan, desairado en el rostro y talle, pobre de bienes y desdeñado de la que ama, es, sin embargo, un modelo de sentimientos generosos, de verdadero amor, de cortesía y afabilidad.

Don Mendo, ántes de enamorar á doña Ana, había

querido á Lucrecia, y aun le conservaba algún cariño. Hablaba mal de ella en su ausencia; pero le escribía papeles en que no trataba muy bien á su actual querida. Se ve pues que no era un galán de Calderón. Ni podía serlo. Un hombre maldiciente no puede estimar á nadie, y el amor sin estimación ha de carecer de delicadeza y de constancia.

Doña Ana, que estaba muy prendada de él, le oye desde su reja, una noche de San Juan, decir al duque de Urbino mil defectos de ella, impugnando á don Juan, que ensalzaba con el entusiasmo del amor sus prendas y virtudes. También cae en sus manos una de las cartas que don Mendo escribía á Lucrecia. Su indignación llega á lo sumo, y le despiere. Don Mendo quiere robarla de un coche en que pasaba de Alcalá á Madrid, y es herido por el Duque, enamorado también de doña Ana, y por don Juan, que disfrazados de cocheros, la iban sirviendo en aquel viaje.

La maledicencia y este último atentado del galán querido y la excelente conducta y los nobles sentimientos de don Juan, que se consuela de la pérdida de su amada con la idea de que sería esposa del Duque, producen en el corazón de la dama aborrecimiento declarado á don Mendo y amor verdadero á don Juan, con el cual se casa al fin. Don Mendo aspira, como en desquite, á la mano de Lucrecia; mas esta la da á un conde, primo y amigo del maldiciente, que le vende porque ama á Lucrecia, y que justifica con su conducta la imposibilidad de que encuentre quien le ame verdaderamente un hombre mal hablado.

Este es el argumento del drama. Se ve pues que hay en él una intención moral. El castigo de la maledicencia es mucho mayor que el de la costumbre de mentir en la *Verdad sospechosa*, porque también lo es el delito. El mentiroso, en efecto, cuando sus mentiras no hacen daño á otro, es ridículo; el maldiciente excita el odio y la execración. En toda la comedia se procura hacer aborrecible este vicio; y don Mendo recibe por pena el desprecio de sus amadas, una herida y las amenazas que se le hacen en la catástrofe, si no corrige su perversa inclinación.

En este drama hay una de aquellas situaciones difíciles, que suelen ser el exámen de los poetas cómicos. Doña Ana pasa desde ser amante de don Mendo, despreciando á don Juan, á amar á éste y aborrecer al que quería y con el cual iba á casarse. Estas mutaciones son el escollo más funesto de los poetas noveles; porque es menester hacerlas sin alterar el carácter del personaje, justificar además la alteración, y verificarla por grados. En semejantes ocasiones es más necesaria que nunca la regla de proporcionar los medios á los fines; porque la mudanza parecerá absurda y gratuita si no se atribuye á motivos muy poderosos. ALARCON ha tenido cuidado de exponerlos con mucha habilidad.

1.º Doña Ana es viuda y recogida; ignoraba el defecto de don Mendo; enamoróse de él por su buen talle, gala y discreción, así como la enfadaba don Juan por su mala cara y vestido. La suya era de esas pasiones tranquilas que, sin ser delirantes, bastan para hacer feliz un matrimonio entre personas virtuosas y de razón. Pero toda su ilusión debió desaparecer cuando le oyó ofenderla en su hermosura y en su edad, que son las

cosas que más sienten las mujeres, y por añadidura en su entendimiento.

2.º Añádese á esto el aprecio que va cobrando á don Juan, por la nobleza con que, siendo desdeñado, vuelve por ella; la carta de don Mendo á Lucrecia, que revela á doña Ana toda la perversidad de su amante; y en fin, las continuas advertencias y sugerencias de su criada y confidenta Celia, favorable á don Juan por lo bien que este la trataba, y enrabada contra don Mendo desde que una noche la llamó vieja: ofensa tanto más sensible, cuanto debía ya de ser algo entrada en años, según la libertad con que habla á su señora.

3.º Ultimamente, el lance del coche acabó de mostrar lo que podía esperar de su amante; y viendo al mismo tiempo el amor generoso de don Juan, que se sacrificaba por el bien de ella, rindió su corazón, no á exterioridades, que suelen ser engañosas, sino á las prendas del alma y á la noble pasión de aquel caballero. Todo esto cabe muy bien en el carácter virtuoso y delicado de la dama.

En cuanto á los de don Mendo y don Juan, están perfectamente dibujados. Hé aquí cómo habla el maldiciente de las damas que había querido ántes que á doña Ana.

MENDO.

A mi señora Lucrecia
Dad, Ortiz, ese papel.

ORTIZ.

Guárdeos Dios.

MENDO.

Cosa cruel,
Conde, es una mujer necia.

CONDE.

¿Cómo?

MENDO.

Con celos y amor
Sale Lucrecia de sí.

CONDE.

¿Con causa, don Mendo?

MENDO.

Si;
Mas tanto el yerro es mayor.

CONDE.

¿Qué hay de Teodora?

MENDO.

Quería
Que yo fuese su marido,
Como si hubiesen nacido
Mis abuelos en Turquía.

Paseándose la noche de San Juan con el Duque y el amante desfavorecido, da libre curso á su lengua satírica.

MENDO.

Esta es la calle Mayor.

JUAN.

Las Indias de nuestro polo.

MENDO.

Si hay Indias de empobrecer,
Yo también Indias la nombro.

JUAN.

Es gran tercera de gustos.

MENDO.

Y gran cosaría de tontos.